La Aldea Global.

Paola Pasquali.

Queridos lectores:

Detengámonos un instante para preguntarnos dónde estamos parados y hacia dónde vamos, lo que nos permitirá vislumbrar con más claridad, después de una larga caminata, cuál es la vía correcta a seguir de aquí en adelante.

Nuestra revista *Dermatología Venezolana* salió a la luz en el lejano 1957, y sus editores han luchado a brazo partido para mantenerla lozana, incluso cuando la falta de buenos artículos o de recursos para su publicación creaban las premisas para que algunos números tuvieran un cierto aspecto cianótico.

La cadena de eventos que permite a una revista llegar al escritorio del consultorio recuerda una carrera de obstáculos: el editor debe esforzarse por ubicar –en la aridez de un país que cada vez lee menos y por consiguiente, cada vez escribe menos– el material para su próximo número. Lejos de tener sus archivos abarrotados de artículos publicables, como cualquier editor de revista anglosajona o europea, agotará su tiempo en pedir el artículo, recordar, insistir, sin posibilidad de selección final ni certeza alguna de garantizar la continuidad de la publicación.

Para superar el escollo de la revisión, un equipo de revisores debería estar en capacidad, no sólo de corregir contenidos en sus aspectos científicos y sintácticos, sino de devolver a tiempo el resultado de su trabajo.

La edición, delicada y minuciosa, también requerirá capacidad y tiempo limitado por pautas estrictas que garanticen la entrega del producto final al diseñador.

La pregunta es la siguiente: aun en caso de llegar a satisfacer todas esas condiciones ¿tiene algún sentido, en esta aldea global, seguir publicando en soporte papel una revista que ha perdido su indexación por mengua; editar 700 ejemplares de los cuales 100 quedan para acumular ácaros en los depósitos de la Sociedad? ¿Para quién escribimos, para nosotros mismos? Actualmente, la revista se ha convertido en una suerte de refinada y costosa salita de té, donde los interlocutores son siempre los mismos, poquísimos y amenos conversadores, un cenáculo de entusiastas científicos.

Si estas preguntas tienen sentido ¿qué estímulo queda para autores y coautores en seguir manteniendo en vida este costoso y narcisista esfuerzo editorial?

Quizás estemos desactualizados en nuestros propósitos de comunicación, ya que en nuestra revista se reproduce en pequeño un fenómeno macroscópico: mientras los investigadores del continente latinoamericano conocen bien, citan y utilizan los resultados científicos del hemisferio norte, en el norte se desconoce casi completamente lo que piensa y publica el sur. La barrera no es exclusivamente idiomática, pese a que nuestros colegas del norte manejan menos idiomas que el sur. El propio sistema editorial español, por ejemplo, prefiere publicar libros latinoamericanos en sus sucursales suramericanas y dejarlos en esos mercados, lo que hace que la cultura española tenga grandes lagunas en sus conocimientos de la latinoamericana. Nuestros esfuerzos por seguirnos expresando en soporte papel no tienen pues ningún chance de alcanzar el recipiendario foráneo

¿Y qué tal si descubrimos la pólvora –más vale tarde que nunca– y nos pasamos a Internet? Reducción de costos, mayor visibilidad, circulación universal garantizada, interactividad. La presencia en la red de las revistas latinoamericanas pertenecientes al área de ciencias de la salud sigue siendo escasa. Con respecto a nuestro país, de las 44 revistas venezolanas indexadas en LILACS, solamente existen 3 en MEDLINE y 12 en SciELO Venezuela (Scientific Electronic Library on Line). Su presencia en esta biblioteca electrónica las coloca a un paso de ser aceptadas en MEDLINE. ¡Un verdadero paraíso para aquellos investigadores que quieren ver el fruto de su esfuerzo dar literalmente la vuelta al globo!

Dermatología Venezolana no aparece entre las 80 revistas venezolanas del catálogo electrónico Latindex y Venezuela no aparece ni tan siquiera en el IBECS (Índice Bibliográfico Español de Ciencias de la Salud).

Lo que parece quedar claro entonces es que el ciberespacio es el camino a transitar para sacar nuestra publicación de las gavetas y lanzarla a una más eficiente modernidad. Reducir al mínimo el soporte papel y volcar los esfuerzos hacia una contundente indexación electrónica nos abrirá una ventana y nos permitirá que enseñemos al resto de la población científica del mundo qué piensa y hace el dermatólogo venezolano.